

*JACLR: Revista de Creación Artística e Investigación Literaria (Journal of Artistic Creation and Literary Research)* es una publicación bianual de la Universidad Complutense Madrid que aparece en texto completo, acceso abierto, y revisada por pares. La revista, publicada y editada por estudiantes graduados, ofrece trabajos de investigación, tesinas de grado y de master, junto con contribuciones originales de creación artística. El objetivo es que los estudiantes aprendan el proceso de edición de una revista científica. Los autores cuyos trabajos se publican mantienen los derechos de autor sobre los mismos para su publicación posterior en otros lugares.

---

**Volumen 9 Número 2 (Diciembre 2021)**

**Marta González Cañete**  
"Hermoso Amanecer"

---

**Para citar el artículo**

González Cañete, Marta. "Hermoso Amanecer" JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 9.2 (2021):

<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

---

**Hermoso Amanecer**

La rojiza luz que desprendía el sol en los primeros momentos de aquel comienzo de abril se mezclaba con el intenso carmesí que se derramaba por mi cuello. El denso caudal de sangre serpenteaba calle abajo, ante mis ojos, en un poético sinsentido, por el cual se me acababa de regalar la vida eterna y la inmunidad a cualquier enfermedad o daño terrenal, pero se me había dejado abandonada a la merced de la única cosa a la que solía ser inmune, y ahora era todo lo necesario para acabar con mi existencia: la celestial luz del sol.

Con el mayor de los esfuerzos, gastando los últimos ápices de energía que aún conservaba, giré mi cabeza para observar lo poco que quedaba de mi presencia en este mundo. Mis descoloridos brazos reposaban en el suelo en contorsiones imposibles, como si de una muñeca olvidada en un trastero se tratase. Mis costillas estaban manchadas con mi propia sangre, y algunas de ellas incluso sobresalían a través de la carne, la cual había adquirido un putrefacto color violeta. Lo más alarmante de todo, era que poco más quedaba de mí, ya que tendría que haber girado la cabeza otros ciento ochenta grados para poder ver mis piernas, que reposaban inmóviles al otro lado de la carretera.

A mi alrededor se presentaba una escena de lo más común y tranquilizadora. No había ni un solo ruido en la calle, y los altos edificios de ladrillo se dejaban acariciar por la anaranjada luz del amanecer, protegiendo de esta a sus inquilinos, que descansaban plácida y totalmente ajenos a la masacre que se acababa de librar a sus pies, masacre de la que nunca sabrían nada. Eso me tranquilizó.

También calmó mi efímero espíritu que dentro de unas horas los niños inocentes que ahora descansaban jugarían sobre las pocas cenizas que el viento hubiera dejado de mí, allí donde conocería el final; y quizás, las moléculas de mi

pasada vida serían arrastradas por este hasta los cabellos de una joven enamorada, o de un anciano yendo a comer con ese hijo que nunca parece tener tiempo para él. Quizás de eso se trata, de encontrar la paz siendo consciente de todo el amor que hay esparcido por este cruel mundo al que llamamos hogar.

La luz continuaba bajando hacia donde mi futuro cadáver yacía, esquivando la sombra que un enorme bloque de apartamentos había creado para protegerme. Se lo agradecía en silencio, pero no era necesario, yo ya había asumido mi destino. No entendí ni cómo ni por qué, pero fui perfectamente consciente del momento en el que mis piernas se convirtieron en ceniza, a más de veinte metros de donde estaba yo, y por un segundo las envidié. Ellas, por lo menos, ya no sufrían.

Finalmente, mi verdugo rozó el suelo y comenzó a acercarse a pasos lentos pero seguros hacia mi sepultura. Durante unos instantes, los rayos de luz parecieron adoptar la forma de un atractivo muchacho, que agarrando una hoz en las manos me miraba fijamente. Le devolví la mirada y sonreí, no le tenía miedo. Quién podría tenerle miedo al sol, pues es quién nos permite vivir la más hermosa de las existencias.

El joven llegó a mi altura, y se arrodilló junto a mí. Aún no me estaba tocando, pero tan solo su cercanía hizo que mi piel ardiese y de ella comenzase a salir humo. Sus brillantes ojos sin iris ni pupila coincidieron con los míos, y tan solo con su mirada supe que estaba en un lugar seguro. Echó su arma a un lado, y me acarició un hombro, y este se convirtió en cenizas, aunque a mí no me importó. Me dio la mano unos instantes antes de que esta sufriese el mismo destino, y finalmente me abrazó, sin dejar un centímetro de mi cuerpo sin su tacto, convirtiéndome en cenizas mediante una catártica tortura. Sendas lágrimas se desprendían de mis ojos y caían a la acerca, cuando no hubo cuerpo alguno que se interpusiera entre ellas y el suelo, que ahora era cálido.